



Sin libreto, 2

La política es asunto de realidades, pero también de propósitos y proyectos, visiones de futuro. Volver esos proyectos acción pública y esas visiones alcanzables, es la tarea de un gobierno.

La realidad, así como el tiempo lento y friccionado de la vida democrática, han limado los grandes propósitos iniciales del gobierno de Felipe Calderón, mal traducidos en su momento a lemas simples como construir un "México ganador" o ser "Presidente del empleo".

Lo que hemos visto en los hechos es un gobierno que se conforma con lo posible sin plantear lo necesario, y lo posible acaba siendo poco, caro e insatisfactorio.

Al renunciar a lo que no es viable políticamente, aquello que no puede negociarse con las fuerzas opositoras o con las creencias viejas de la nación, el gobierno actual ha renunciado también a una de sus dimensiones mayores, que es la de educar a su sociedad, mostrarle sus carencias y poner sobre la mesa sus soluciones.

Se trata de no resignarse a los límites

que impone la realidad, sino de saltar sobre ellos con la ambición de proyectos que convoquen solidaridad con el cambio, establezcan la visión de un rumbo y la esperanza, o al menos el deseo, de un resultado.

De todos los propósitos iniciales del gobierno de Felipe Calderón el único que se ha constituido en una visión de futuro deseable es su definición de guerra contra el narcotráfico, contra el crimen organizado y contra la inseguridad. Es la piedra de toque del gobierno y el ancla de la popularidad presidencial que registran las encuestas

Curiosamente, ese ámbito es el único que ha logrado llevar a la opinión pública, en gran medida a través de la polémica y las definiciones tajantes, una narrativa sólida: una historia descarnada del problema y una oferta deseable de solución.

La historia es esta: nos hemos vuelto un país consumidor de drogas y los cárteles luchan por los mercados locales a tiros, en su gran guerra por el *narcomenudeo*. No podremos erradicar a estas bandas sanguinarias, pues su negocio resiste cualquier cosa, pero sí podremos contenerlos, en una lucha larga que costará sangre, sudor y lágrimas, y durante la cual habrá que reconstruir de arriba abajo, nada menos, las policías municipales, estatales y federales: nuestro único bastión seguro, por lo pronto, es el Ejército.

Es una dura y torva historia. Es la única que le ha dado al gobierno credibilidad y a la sociedad deseo/esperanza de un futuro alcanzable.

¿Basta con esto? ¿Es posible pensar en algo más? ■■

acamin@milenio.com

